



«El mundo conoce la importancia de la visita que tengo el honor de haceros». Con estas palabras subrayó De Gaulle su presencia en Moscú. Frente a él, para acogerlo, se encontraban, en el aeropuerto de Vnoukovo, el presidente Podgorny, el primer ministro Kosygin y el secretario general del partido comunista, Breznev.

DE GAULLE EN MOSCÚ

(Políticas de aproximación)

W AY un hecho cierto en nuestros días —y digo «días» para señalar que su carácter puede ser efímero— y es que toda política de aproximación es eficaz, es rentable para quien la ejerce. Y, en contrapartida, toda política de dureza, de hostilidad, aparece condenada. Ninguno de los críticos del De Gaulle viajero a Moscú tiene fuerza suficiente para acusarlo, ni razones para echarle en cara, salvo, naturalmente, en los centros especializados donde el nazismo se conserva como una reliquia más o menos disfrazada o en los que claramente se denomi-

nan neofascistas. El tono medio de las críticas reside en considerar que el viaje «es inútil» o es «prematureo», porque la gran política mundial se desarrolla en un ámbito muy superior al de Francia. Los mismos comentaristas franceses aparecen como despechados de que haya sido el general, precisamente, quien haya iniciado esta política, y no sus propios partidos. «Euforia sin ilusiones», dice «Le Monde»; «nada inmediatamente positivo saldrá de esta visita», escribe «Combat»; «No habrá resultados espectaculares», dice «Paris Jour», y hasta «L'Humanité» lamenta que el

Por E. HARO TEGGLEN

mensajero de Francia en la URSS sea al mismo tiempo «representante de un régimen y de una política que expresan los intereses egoístas de los potentados de la alta finanza y de la gran industria, de donde las contradicciones de la política extranjera del Jefe del Estado, con sus puntos positivos y su nocividad profunda». De esta forma resulta que para los occidentales el **SIGUE**







DE GAULLE EN MOSCU

En un coche descubierto, De Gaulle y Podgorny se trasladaron desde el aeropuerto al Kremlin. Los moscovitas, con banderines franceses y soviéticos, aclamaron al presidente francés. Aquel mismo día, los dirigentes soviéticos y De Gaulle celebraron una primera entrevista. Al día siguiente, martes, 21, tuvo lugar la primera reunión importante (véase la foto de abajo).

aspecto negativo de la visita consiste en que proceda de Francia, y para los franceses, en que sea el general de Gaulle quien la haga. Probablemente el comentario más exacto ha sido el de Mauricio Schumann, presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Asamblea Nacional. «Ha comenzado —dice— una especie de carrera hacia la eliminación de la tensión. Francia representa el papel de rompehielos y ahora se observa, ora con curiosidad, ora con esperanza, ora con una punta de celos o de irritación, el esfuerzo que despliega para reemprender el diálogo Este-Oeste. Ayer era un franco-tirador. Hoy, Francia es un precursor.

El arranque del viaje ha sido aparentemente más vivo, más eficaz de lo que se esperaba. Desde las palabras iniciales se ha planteado ya —por parte del General— la posibilidad de una conferencia Intereuropea. Se trata de que Francia y la URSS —ha dicho— «concierten sus acciones con vistas a ayudar a la unión y a la seguridad de nuestro continente, así como el equilibrio, al progreso y a la paz del mundo entero». Su grito de «¡Viva Rusia!» ha hecho sangre en Estados Unidos. Apenas se lo han criticado, ha lanzado otro más «subversivo»: «¡Viva la Unión Soviética!». Advuértase que jamás hasta ahora el General de Gaulle se había referido a ese país más que por su nombre antiguo, por su nombre imperial de Rusia. ¿He recibido alguna indicación diplomática en el sentido de que estaba cometiendo una incorrección semejante a la que cometerían los soviéticos si, al verle, gritasen: «¡Viva la monarquía francesa!»? Es más probable que su propio hielo, sus propias reservas se hayan fundido ante este desbordamiento de entusiasmo que provoca, ante las atenciones que se le han reservado y que jamás ha tenido un jefe de estado extranjero en la URSS. Habrá tiempo de volver sobre este viaje y sobre sus implicaciones. No tengo ahora aún —cuando escribo no ha terminado la visita— los datos suficientes como para una mejor información.



El contraste, el reverso, es el viaje de Chu en Lai a la República Popular Rumana. Buscaba el chino la forma de agrandar una fisura que le parecía encontrar entre Rumania y la URSS, buscaba la forma de atraérsela a su esfera, como lo consiguió con Albania. No lo ha conseguido. Los discursos finales del «mitin de la amistad» fueron tópicos y vacíos, formularios. Los testigos describen «el aire sombrío del jefe del Gobierno chino, su blando apretón de manos a Ceucescu»; tres mil personas, entre ellas todas las autoridades y el cuerpo diplomático, tuvieron que esperar el final de las negociaciones, lo que hace pensar que fueron laboriosas y duras. «De toda evidencia —escribe «France Presse»— el secretario general del Partido Comunista rumano había salido vencedor de la larga entrevista que le oponía en torno a un texto al presidente del Consejo chino». Ese texto era el de los discursos de despedida, el del comunicado final. Las alusiones al «revisiónismo moderno», las críticas a la URSS, habían desaparecido.

Chu en Lai tuvo que correr a Pakistán. ¿Por qué este viaje relámpago, improvisado? Pakistán es un buen aliado de China: la necesita para mantener su conflicto frente a la India. Pero los Estados Unidos acaban de decidir reanudar su ayuda económica al Pakistán y, simultáneamente, ha desaparecido Bhutto de la escena política; Bhutto era el Ministro de Asuntos Exteriores que se inclinaba hacia China y rehula a los Estados Unidos. Puede ocurrir que, a partir de ahora, Pakistán reanude su inclinación hacia los pactos anticomunistas asiáticos. Después del espectacular cambio de inclinación de Indonesia, donde poco a poco Sukarno se va hundiendo en la falta de poder, sería una pérdida grave para China. Ocurre que la diplomacia china pierde un poco más de terreno cada día en el mundo entero a medida que sostiene su posición de intransigencia y sus doctrinas de negarse al diálogo y a las aper-

SIGUE





Esta foto corresponde a la primera reunión de trabajo que tuvo De Gaulle con los dirigentes soviéticos en un salón del Kremlin. Abajo, el presidente francés dirigiendo la palabra a los estudiantes de la Universidad de Moscú. El viernes, día 24, De Gaulle visitó, en Novosibirsk, la «ciudad de los sabios», «Akademgorod», en Siberia, donde residen 30.000 sabios, y el cosmódromo de Baikonur, en Asia Central, la máxima prueba de confianza que los rusos hicieron al general.



turas de la coexistencia. Pierde en el exterior y pierde en el interior, donde sólo una importante serie de depuraciones y de alejamientos ha conseguido hasta ahora sostener la política oficial.

EN este aspecto nada más parecido a lo que ocurre en China que lo que ocurre en Estados Unidos, salvando distancias de forma bastante importantes. El Instituto Gallup acaba de señalar que el Presidente Johnson no tiene la aprobación en su política asiática más que del 46 por 100 del país; tenía un 63 por 100 al comenzar el año. En estos seis meses la guerra ha continuado pudiéndose sin cesar, se ha demostrado que el Gobierno de Saigón no representa nada en el país, a no ser la fuerza; la escalada ha fracasado; los bombardeos del Vietnam del Norte han resultado espectacularmente inútiles; el dólar ha sufrido las consecuencias de la guerra y la política social del país se ha resentido. Mueren americanos, caen aviones, la política exterior se deteriora y las promesas de terminar pronto la guerra naufragan. Un mensajero del Canadá y un mensajero de Francia viajan a Hanoi para buscar la mediación. Es preciso pensar que sin este enredo de la guerra del Vietnam, el país que estaría iniciado abiertamente a la coexistencia con la URSS sería aquel a quien por derecho propio —es decir, por su fuerza y por su calidad de antagonista en esta tragedia— le corresponde: los Estados Unidos. Era el camino de Kennedy —en la época del «teléfono rojo» y del pacto de prohibición de ensayos nucleares—; pero existe esa funesta pasión de los Vicepresidentes de Estados Unidos cuando ascienden impensadamente a la Casa Blanca por cambiar totalmente la política de su predecesor: véase el caso Truman-Roosevelt. Es una forma de liberar los complejos de la Vicepresidencia. Es necesario decir que tenga la importancia que tenga el viaje de De Gaulle —y tiene mucha— no habrá posibilidades de paz en Europa mientras no se plieguen a ellas los Estados Unidos, y arrastren en su órbita a Alemania Federal y a la triste Gran Bretaña.

LA idea de que Estados Unidos pueda iniciar la salida a sus problemas mediante una nueva actitud con respecto a China, ha sido ya lanzada. Resucita, ahora, y con mucha fuerza. Louis B. Fleming, escribiendo en el «Herald Tribune» (16 de junio), cree que se está realizando ya una especie de bombardeo de la opinión pública de los Estados Unidos para cambiar la situación con respecto a China. El 20 de septiembre vuelve a reunirse la Asamblea General de las Naciones Unidas, en su sesión número 21. Es imposible hacer predicciones de lo que va a ocurrir, pero una corriente importante de opinión en Estados Unidos pretende que esta vez se permita el ingreso de la China comunista, como medio para «apaciguarla»; es decir, para poderle dar una salida honorable. Los partidarios de esta idea —entre ellos la asociación de Amigos de la ONU— tienen una táctica, que es la de tratar de retrasar el inevitable debate chino hacia el final de la Asamblea, con el fin de distanciarlo de las elecciones para el Congreso de los Estados Unidos, de forma que no se mezcle el tema en la campaña electoral. También el Instituto Gallup ha advertido que la opinión pública es ahora más favorable que nunca a la aceptación de China, pero hay algunos problemas importantes aún. Uno de ellos es la condicionada supervivencia de Formosa; no parece que China acepte entrar en la organización si no sale de ella su rival nacional. Otra es que Estados Unidos desearía quizá el ingreso de China sin tener que empeñar su voto a favor.

La entrada de China en la ONU no sería el apaciguamiento inmediato de Asia, sino su primer síntoma.

(Foto EUROPRESS)

E. H. T.

DE GAULLE EN MOSCÚ



Arriba, la señora De Gaulle visitando el museo del Kremlin acompañada de las señoras Breznev y Kosygin. Una intérprete explica los objetos. Abajo, las tres damas al salir de una de las capillas del Kremlin.

